

## **EL HOMBRE MAQUINA Y SUS POSIBILIDADES DE DESARROLLO**

Primera Cámara nivel C.

Os hablaré del estudio de la psicología, pero debo preveniros que la psicología a que me refiero es muy distinta de cuanto podías conocer con este nombre.

Debo decir ante todo que en el curso de su historia la psicología nunca se ha hallado a un nivel tan bajo como actualmente. Ha perdido todo contacto con su origen, y todo su sentido, a tal punto que es difícil definir hoy el término “psicología”, es decir, precisar qué es la psicología y qué estudia. Y eso a pesar de que jamás se han visto tantas teorías psicológicas, ni tantos libros sobre psicología como hoy se ven.

La psicología es llamada a veces una ciencia nueva. Nada más falso. La psicología es tal vez la ciencia más antigua, y desgraciadamente, en sus aspectos esenciales, una ciencia olvidada.

¿Cómo definir la psicología? Para comprenderlo hay que darse cuenta de que, excepto en los tiempos modernos, la psicología jamás existió bajo su propio nombre. Por una u otra razón siempre fue sospechosa de tendencias falsas o subversivas, de carácter religioso, político o moral, y tuvo que usar diferentes disfraces.

Durante milenios la psicología existió bajo el nombre de filosofía. En la India todas las formas de Yoga, que son esencialmente psicología, se describen como uno de los seis sistemas de filosofía. Las enseñanzas sufíes, que son primordialmente de orden psicológico, son consideradas en parte religiosas, en parte metafísicas. En Europa, hasta no hace mucho tiempo, en los últimos años del siglo XIX, muchas obras de psicología eran citadas como obras de “filosofía”. Y aunque casi todas las subdivisiones de la filosofía, tales como la lógica, la teoría del conocimiento, la ética y la estética, conciernen al trabajo del pensamiento humano o de los sentidos, se consideraba la psicología como inferior a la filosofía y relacionada sólo con los aspectos más bajos o más triviales de la naturaleza humana.

Paralelamente a su existencia bajo el nombre de filosofía, la psicología existió durante mucho tiempo asociada a una u otra religión. Esto no significa que religión y psicología hayan sido jamás una sola y misma cosa, ni que la relación entre religión y psicología haya sido reconocida. Pero es indudable que casi todas las religiones conocidas – no hablo, evidentemente, de las pseudo-religiones modernas, desarrollaron tal o cual especie de enseñanza psicológica, acompañada a menudo de cierta práctica, al punto que con frecuencia el estudio de la religión comprendía por sí mismo el de la psicología.

En la literatura religiosa más ortodoxa de diferentes países y diversas épocas se hallan excelentes obras sobre psicología. Por ejemplo, esa compilación de autores que datan de los primeros tiempos del cristianismo y que se conoce bajo el título general de Philokalia, (1), usada todavía en nuestros días en la iglesia oriental, especialmente para instrucción de los monjes.

En el tiempo en que la psicología estaba ligada a la filosofía y a la religión, existía también bajo la forma de Arte, Poesía, Tragedia, Escultura, Danza, la Arquitectura misma, eran medios de transmisión del conocimiento psicológico. Las catedrales góticas, por ejemplo, eran esencialmente tratados de psicología.

En la antigüedad, antes que la filosofía, la religión y el arte adoptaron las formas independientes bajo las cuales las conocemos hoy, la psicología hallaba su expresión en los Misterios, tales como los del Egipto y la Grecia antiguos.

Más tarde, desaparecidos los Misterios, la psicología sobrevivió bajo la forma de enseñanzas simbólicas, que ora se hallaban ligadas a la religión de la época, ora no lo estaban, tales como la Astrología, la Alquimia, la Magia, y entre las más modernas, la Masonería, el Gnosticismo, el Ocultismo y la Teosofía.

Aquí es indispensable observar que todos los sistemas y doctrinas psicológicas, tanto los que existieron o existen abiertamente como los que permanecieron ocultos o disfrazados, pueden dividirse en dos categorías principales

Primero: las doctrinas que estudian al ser humano tal como ellas lo encuentran, o tal como lo suponen o imaginan. La “psicología científica Moderna, o lo que se conoce con este nombre, pertenece a esta categoría.

Segundo: Las doctrinas que estudian al ser humano no ya desde el punto de vista de lo que es, o de lo que parece ser, sino desde el punto de vista de lo que puede llegar a ser, es decir, desde el punto de vista de su desarrollo y crecimiento posible.

Estas últimas son en realidad las doctrinas originales, o en todo caso las más antiguas, y sólo ellas permiten comprender el olvidado origen de la psicología y su significado.

Cuando hayamos reconocido cuán importante es, en el estudio del hombre, el punto de vista de su posible desarrollo y crecimiento, comprenderemos que la primera respuesta a la pregunta: ¿qué es la psicología? debería ser:

La psicología es el estudio de los principios, leyes y hechos relativos al posible desarrollo y crecimiento interior del ser humano.

En estos estudios hablaré sólo desde este punto de vista.

Nuestra primera pregunta será: ¿Qué significa el crecimiento interior del ser humano? y la segunda: ¿Exige condiciones especiales?

Debo decir ante todo que las opiniones modernas sobre el origen del hombre y su pasada evolución no pueden ser aceptadas. Debemos convencernos de toda prueba de una evolución física o mental del hombre.

Por el contrario, si tomamos la humanidad histórica, es decir, la de los 10 o 15.000 últimos años, hallaremos señales inconfundibles de un tipo superior de ser humano, cuya presencia puede demostrarse por múltiples testimonios y monumentos de la antigüedad, y que los hombres actuales serían incapaces de repetir o de imitar.

En cuanto al hombre prehistórico o a esas criaturas de aspecto parecido al del hombre y sin embargo tan diferentes de él, cuyos huesos se hallan a veces en yacimientos del periodo glacial o preglacial, podemos aceptar la muy plausible idea de que esos huesos pertenecen a un ser muy distinto del hombre, desaparecido hace muchísimo tiempo.

Al negar la evolución pasada del hombre, debemos rehusarle toda posibilidad de una evolución mecánica futura: es decir, una evolución que se operaría por sí sola, según las leyes de la herencia y de la selección, sin esfuerzos conscientes por parte del ser humano y sin que éste comprenda siquiera la posibilidad de su crecimiento interior.

Nuestra idea fundamental es que el hombre, tal cual lo conocemos, no es un ser perfecto. La naturaleza lo desarrolla hasta cierto punto y luego lo abandona, dejándolo proseguir su desenvolvimiento por su propio esfuerzo e iniciativa, o vivir o morir como nació, o aun degenerar y perder su capacidad de desarrollo.

En este caso el desarrollo del hombre significará el desarrollo de ciertas cualidades y características interiores que habitualmente permanecen embrionarias y que no pueden desarrollarse por sí solas.

La experiencia y la observación muestran que ese desarrollo no es posible sino en condiciones bien definidas, que exige esfuerzos especiales por parte del hombre mismo, y una ayuda suficiente por parte de aquellos que emprendieron antes que él un trabajo del mismo orden y llegaron a cierto grado de desenvolvimiento, o por lo menos a cierto conocimiento de los métodos.

Debemos partir de la idea de que sin esfuerzo el desarrollo interior es imposible; que sin ayuda es igualmente imposible.

Tras lo cual debemos comprender que en el camino del desenvolvimiento el hombre debe tornarse en un ser diferente, y debemos estudiar y concebir de qué modo y en qué dirección debe el hombre convertirse en un ser diferente; es decir, qué significa un ser diferente.

Después debemos comprender que no todos los hombres pueden desarrollarse y llegar a ser seres diferentes.

El crecimiento interior es una cuestión de esfuerzo personal, y con respecto a la masa de la humanidad es una rara excepción. Esto tal vez parecerá extraño, pero debemos comprender no sólo que el desarrollo es raro sino también que se torna cada vez más raro.

Esto provoca, naturalmente, numerosas preguntas:

¿Qué significa esta frase: “En el camino del crecimiento interior el hombre debe convertirse en un ser diferente”?

¿Qué quiere decir un ser diferente?

¿Cuáles son esas cualidades y características interiores que pueden ser desarrolladas en el hombre, y cómo lograrlo?

¿Por qué no todos los hombres pueden desarrollarse y tornarse seres diferentes?

¿Por qué tal injusticia?

Trataré de responder a estas preguntas comenzando por la última.

¿Por qué no todos los hombres pueden desarrollarse y tornarse seres diferentes?

La respuesta es muy simple. Porque no lo desean. Porque nada saben acerca de ello, y aun si se les dice, no podrán comprenderlo antes de haber sido largamente preparados.

La idea esencial es que para convertirse en un ser diferente el hombre debe desearlo profundamente y durante mucho tiempo. Un deseo pasajero o vago, nacido de una insatisfacción respecto a las condiciones exteriores no creará un impulso suficiente.

El crecimiento interior del hombre depende de su comprensión de lo que puede adquirir y de lo que puede dar para eso.

Si el hombre no lo desea, o no lo desea bastante intensamente y no realiza los esfuerzos necesarios, no se desarrollará jamás. No hay, pues, en ello injusticia alguna.

¿Por qué habría de tener el hombre lo que no desea? Si el hombre fuese forzado a convertirse en un ser diferente cuanto está satisfecho con lo que es, entonces habría injusticia.

Preguntemonos ahora qué significa un ser diferente.

Si examinamos todos los datos que podemos reunir sobre esta cuestión, hallaremos por doquier la afirmación de que al tornarse un ser diferente el hombre adquiere numerosas cualidades nuevas y poderes que antes no poseía. Esta afirmación es común a todas las doctrinas que admiten la idea de un crecimiento interior del ser humano. El desarrollo armonioso de todas sus potencialidades.

Pero esto no basta. Las descripciones, aun las más detalladas, de estos nuevos poderes, no nos ayudarán en modo alguno a comprender cómo aparecen ni de dónde vienen.

Falta un eslabón en las teorías generalmente admitidas, y hasta en aquellas de que acabo de hablar, aun teniendo como base la idea de la posibilidad del desarrollo de todas las potencialidades del ser humano.

La verdad es que antes de adquirir nuevas facultades o nuevos poderes, que el hombre no conoce y que aún no posee, debe adquirir facultades y poderes que tampoco posee, pero que se atribuye, es decir, que cree conocer y que pretende poder emplear.

Este es el eslabón faltante, y este el punto de mayor importancia.

Por el camino del crecimiento interior, definido como un camino basado en el esfuerzo y en la ayuda, el hombre debe adquirir cualidades que cree que ya posee, pero acerca de las cuales se engaña a sí mismo.

Para comprender mejor esto, para saber qué nuevas facultades, qué poderes insospechados puede el ser humano adquirir y cuáles son aquellos que se imagina poseer, debemos partir de los conocimientos generales que el hombre tiene de sí mismo.

Y nos hallaremos inmediatamente ante un hecho muy importante.

El ser humano no se conoce.

No conoce ni sus límites ni sus posibilidades. No conoce siquiera hasta qué punto no se conoce.

El ser humano ha inventado numerosas máquinas, y sabe que a veces se necesitan años de estudios muy serios para poder servirse de una máquina complicada o para gobernarla. Pero en cuanto se trata de sí mismo olvida este hecho, aunque él mismo sea una máquina más complicada que todas las que ha inventado.

Está lleno de ideas falsas sobre sí mismo. Ante todo, no se da cuenta de que es realmente una máquina.

¿Qué quiere decir el ser humano es una máquina?

Quiere decir que no tiene movimientos independientes ni interior ni exteriormente. Es una máquina puesta en movimiento por influencias exteriores y por choques exteriores. Todos sus movimientos, actos, palabras, ideas, influencias, emociones, humores y pensamientos son provocados por influencias exteriores. Por sí mismo es tan solo un autómatas con cierta provisión de recuerdos de experiencias anteriores y cierto potencial de energía en reserva.

Debemos comprender que el ser humano nada puede hacer.

Pero el hombre no lo advierte, y se atribuye la capacidad de hacer. Todo lo que cree hacer, en realidad sucede. Esto ocurre exactamente como cuando “llueve”, “nieva” o “truenan”.

Desgraciadamente, no hay en nuestro idioma verbos impersonales que puedan aplicarse a los actos humanos.

Debemos, pues continuar diciendo que el ser humano piensa, lee, escribe, ama, detesta, emprende guerras, combate, etc. En realidad, todo eso sucede.

El ser humano no puede pensar, hablar ni moverse como quiere. Es una marioneta tirada aquí y allá por hilos invisibles. Si lo comprende así, puede aprender mucho más sobre sí mismo, y tal vez entonces las cosas comiencen a cambiar para él. Pero si no puede admitir ni comprender su evidente mecanicidad, o si no quiere aceptarla como un hecho, ya no puede aprender más y las cosas no pueden cambiar para él.

El ser humano es una máquina, pero una máquina muy especial. Pues esta máquina, si las circunstancias se prestan a ello y es bien conducida, puede saber que es una máquina. Y si se da plena cuenta de ello, puede hallar los medios de cesar de ser una máquina.

Ante todo, el hombre debe saber que él no es uno, sino que es muchos. No tiene un Yo único, permanente e inmutable. Cambia continuamente. Un momento es una persona, en el momento que sigue es otra, poco después una tercera, y así sucesivamente, casi sin término.

Lo que crea en el ser humano la ilusión de su unidad o de su integridad es, por una parte, la sensación que tiene de su cuerpo físico, por otra parte, su nombre, que en general no cambia, por la memoria, por la humana personalidad y por último cierto número de hábitos mecánicos implantados en él por la educación, o adquiridos por imitación. Al tener siempre las mismas sensaciones físicas, al oírse llamar siempre con el mismo nombre y al hallar en sí los hábitos e inclinaciones que siempre ha conocido, se imagina permanecer el mismo. Ser una unidad.

En realidad, no existe unidad en el hombre, no hay un centro único de comando, ni un Yo o Ego permanente. He aquí un esquema general del hombre:

YOYOYO  
YOYOYOYO  
YOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYOYO  
YOYOYOYOYO  
YOYOYO

Cada idea, cada sentimiento, cada sensación, cada deseo, cada “yo amo” o “yo no amo” es un “yo”. Esos ¡yoes! no están ligados entre sí, ni coordinados de modo alguno.

Cada uno de ellos depende de los cambios de circunstancias exteriores y de los cambios de impresiones exteriores.

Tal “Yo” sigue automáticamente a tal otro y algunos aparecen siempre acompañados de otros. Pero no hay en ello ni orden ni sistema.



Algunos grupos de “Yoes” tienen entre sí lazos naturales. Hablaremos de esos grupos más adelante. Por el momento debemos tratar de comprender que los lazos de ciertos grupos de “YOES” están constituidos únicamente por asociaciones accidentales, recuerdos, recuerdos fortuitos o semejanzas perfectamente imaginarias.

Cada uno de esos “yoes” no representan, en un momento dado, más que una ínfima parte de nuestras funciones, pero cada uno de ellos cree representar el todo. Cuando el hombre dice “yo”, se tiene la impresión de que habla de él en su totalidad, pero en realidad, hasta cuando cree que es así, no es sino un pensamiento pasajero, un humor pasajero o un deseo pasajero. Una hora después puede haberlo olvidado completamente y expresar con la misma convicción una opinión, un punto de vista o intereses opuestos. Lo peor es que el hombre no recuerda tal cosa. En la mayoría de los casos da crédito al último “yo” que ha hablado, mientras este dura, es decir, mientras un nuevo “yo” –a veces sin relación alguna con el precedente- no ha expresado todavía con más fuerza su opinión o su deseo.

¿Qué debe entenderse por “desarrollo”? ¿Y qué quiere decir “tornarse” un ser diferente?

En otros términos: ¿Cuál es la clase de cambio posible para el ser humano? ¿Cuándo y cómo comienza ese cambio?

Ya dijimos que el cambio debe comenzar por la adquisición de esos poderes y capacidades que el hombre se atribuye, pero en realidad no tiene.

Esto significa que antes de adquirir no importa qué poder nuevo, o capacidad nueva, el hombre debe desarrollar en él las cualidades que cree poseer y sobre las que se forja las mayores ilusiones.

El desenvolvimiento no puede basarse sobre la mentira a sí mismo, no sobre el hecho de engañarse a sí mismo. El hombre debe conocer lo que él posee y no posee. Debe darse cuenta de que no posee las cualidades que se arroga:

La capacidad de hacer,

La individualidad o la unidad,

El Ego permanente,

Conciencia y

Voluntad.

Y es preciso que el ser humano lo sepa, pues mientras crea poseer esas cualidades no hará los esfuerzos apropiados para adquirirlas, tal como un hombre no comprará objetos preciosos, ni estará dispuesto a pagar por ellos un precio elevado si cree que ya los posee.

La más importante y la más engañosa de esas cualidades es la conciencia. Y el cambio en el hombre empieza por un cambio en su conciencia, y prosigue con la adquisición gradual de un dominio de la conciencia.

¿Qué es la conciencia?

En el lenguaje corriente la palabra “conciencia” se emplea casi siempre como un equivalente de la palabra “inteligencia”.

En realidad, la conciencia en el hombre es una especie muy particular de “aprehensión de conocimiento interior” independiente de su actividad mental – y ante todo una toma de conocimiento de sí mismo, un conocimiento de lo que es, de dónde está, después un conocimiento de lo que sabe, de lo que no sabe, y así sucesivamente.

Sólo uno mismo puede saber si en un momento dado es consciente o no. Cierta corriente de pensamiento de la psicología europea ha probado por otra parte desde hace mucho tiempo que sólo el hombre mismo puede conocer ciertas cosas acerca de sí.

Sólo uno mismo puede, pues, saber si su conciencia existe o no en un momento dado. Así la presencia o la ausencia de conciencia en el hombre no puede probarse por la observación de sus actos exteriores. Como acabo de decir, este hecho se ha establecido hace largo tiempo, pero nunca se comprendió realmente su importancia, por cuanto esta idea siempre estuvo ligada al concepto de la conciencia como actividad o proceso mental. El hombre puede darse cuenta que en este mismo instante no era consciente; después olvidará esta experiencia, y aún si la recuerda esto no será conciencia. Será sólo el recuerdo de una fuerte experiencia.

Quiero ahora atraer vuestra atención hacia otro hecho que han perdido de vista todas las modernas escuelas de psicología.

Es el hecho de que la conciencia en el ser humano, de cualquier manera, que se le encare, jamás es permanente. Está presente, o no lo está. Los momentos más elevados de conciencia crean la memoria. Los otros momentos el hombre simplemente los olvida. Eso mismo es lo que le proporciona, más que cualquier otra cosa, la ilusión de conciencia continua o de “percepción de sí” continua.

Ciertas modernas escuelas psicológicas niegan enteramente la conciencia, niegan hasta la utilidad de tal término, pero no hay en ello sino un paroxismo de incompreensión. Otras escuelas- si se las puede llamar así- hablan de “estados de conciencia”, con lo cual quieren significar: pensamientos, sentimientos, impulsos motrices y sensaciones. Todo eso tiene como base el error fundamental que consiste en confundir la conciencia con las funciones psicológicas. Hablaremos de esto más adelante.

En realidad, el pensamiento moderno, en la mayoría de los casos, persiste en creer que la conciencia no tiene grados. La aceptación general, aunque tácita, de esta idea, bien que esté en contradicción con numerosos descubrimientos recientes, ha tornado imposible no pocas observaciones sobre las variaciones de la conciencia.

Lo cierto es que la conciencia tiene grados bien visibles y observables, en todo caso visibles y observables por cada uno en sí mismo.



Primero está la duración: ¿Cuánto tiempo se ha permanecido consciente?

Segundo, la frecuencia de aparición: ¿Cuántas veces se ha tornado uno consciente?

Tercero, la amplitud y penetración: ¿De qué se era consciente?

Pues esto puede variar mucho con el crecimiento interior del ser humano.

Si tomamos sólo los dos primeros, podemos comprender la idea de un desarrollo posible de la consciencia. Esta idea se halla ligada a un hecho esencial, perfectamente conocido por las antiguas escuelas psicológicas, tales como la de los autores de la Philokalia, pero completamente ignorada por la filosofía y la psicología europea de los dos o tres últimos siglos.

Es el hecho de que por medio de esfuerzos especiales y un estudio especial se puede hacer la conciencia continua y controlable; se puede despertar, acrecentar, ampliar nuestra conciencia.

Trataré de explicar cómo puede ser estudiada la conciencia. Tomad un reloj mirad el minutero, tratando de conservar la percepción de vosotros mismo y de concentrarnos en el pensamiento “yo soy Pedro”, “ahora estoy aquí”. Tratad de no pensar sino en esto, seguid simplemente los movimientos de la aguja permaneciendo consciente de vosotros mismos, de vuestro nombre, de vuestra existencia y del lugar en que estáis. Desechad todo otro pensamiento.

Podréis, si perseveráis, hacer esto durante dos minutos. Tal es el límite de vuestra conciencia. Y si intentáis repetir la experiencia inmediatamente después, la hallaréis más difícil que la primera vez.

Este experimento demuestra que un ser humano, en su estado ordinario, puede, mediante un gran esfuerzo, ser consciente de una cosa (el mismo) durante dos minutos a lo sumo.

La deducción más importante que se puede extraer de este experimento, si es realizado correctamente, es que el hombre no es consciente de sí mismo. Su ilusión de ser consciente de sí mismo es creada por la memoria y los procesos del pensamiento.

Por ejemplo, un hombre va al teatro. Si está acostumbrado a hacerlo, no tiene especialmente conciencia de estar allí mientras está. Y no obstante puede ver u observar, el espectáculo o puede interesarle o aburrirlo, puede recordarlo, recordar a las personas con quienes se encontró y así sucesivamente.

Cuando regresa a su casa recuerda haber estado en el teatro, y naturalmente, piensa haber estado consciente mientras se hallaba en él. De suerte que su conciencia no ofrece para él duda alguna, y no advierte que su conciencia puede estar totalmente ausente, aun cuando él obre todavía razonablemente, piense y observe.

De una manera general, el hombre puede conocer cuatro estados de conciencia. Estos son: el sueño, el estado de vigilia, la conciencia de sí y la conciencia objetiva.

Pero aun teniendo la posibilidad de conocer estos cuatro estados de conciencia, el hombre no vive de hecho más que en dos estados: una parte de su vida transcurre en el sueño y otro en lo que se llama “estado de vigilia”, aunque en realidad este último difiera muy poco del sueño.

En la vida ordinaria el ser humano nada sabe de la “conciencia objetiva” y no puede tener ninguna experiencia de este orden. El tercer estado de conciencia o “conciencia de sí mismo”, el hombre se lo atribuye, cree poseerlo, aunque en realidad no sea consciente de sí mismo sino por chispazos, por lo demás muy raros: y aun en esos momentos es poco probable que reconozca ese estado, puesto que ignora lo que implicaría el hecho de poseerlo realmente. Esos chispazos de conciencia se producen en momentos excepcionales, en instantes de peligro, en estados de emoción intensa, en circunstancias y situaciones nuevas e inesperadas; o también, a veces en momentos completamente simples donde no ocurre nada de particular. Pero en su estado ordinario o “normal” el hombre carece de todo dominio sobre sus momentos de conciencia.

En cuanto a nuestra memoria ordinaria, o a nuestros momentos de memoria, en realidad no recordamos más que nuestros momentos de conciencia, aunque no sepamos que es así.

Lo que significa la memoria en el sentido técnico de la palabra- todas las diferentes clases de memoria que poseemos- lo explicaré después. Hoy deseo tan sólo atraer vuestra atención sobre las observaciones que hayáis podido hacer respecto a vuestra memoria. Notaréis que no recordáis las cosas siempre de la misma manera. Hay cosas que recordáis en forma muy viva; otras permanecen vagas, y las hay que no recordáis en absoluto. Sabéis solamente que sucedieron.

Mucho os sorprenderéis cuando veáis cuán poco es lo que recordáis. Esto ocurre porque no recordáis sino los momentos en que habéis estado conscientes.

Así, para volver a ese tercer estado de conciencia, podemos decir que el ser humano tiene momentos ocasionales de conciencia de sí que dejan un vivo recuerdo de las circunstancias en medio de las cuales se produjeron. Pero el hombre carece de poder sobre esos momentos. Aparecen y desaparecen por sí mismos, bajo la acción de condiciones exteriores, de asociaciones accidentales o de recuerdos de emociones.

Surge esta cuestión: ¿Es posible adquirir el dominio de esos momentos fugaces de conciencia, evocarlos más frecuentemente, conservarlos durante más tiempo o aun hacerlos permanentes? En otros términos, ¿es posible tornarse conscientes?

Este es el punto esencial, y es preciso comprender desde el principio de nuestro estudio que este punto ha escapado completamente, hasta en teoría, a todas las modernas escuelas psicológicas, sin excepción.

Pues por medio de métodos adecuados y de esfuerzos apropiados el ser humano puede adquirir el control de la conciencia, puede tornarse consciente de sí mismo, con todo lo que esto implica. Pero lo que esto implica no podemos siquiera imaginarlo en nuestro estado actual.

No es sino después de haber comprendido bien este punto cuando es posible emprender un estudio serio de la psicología.

Dicho estudio debe comenzar por el examen de los obstáculos de la conciencia en nosotros mismos, por cuanto la conciencia no puede comenzar a crecer sino en caso de que algunos de esos obstáculos sean eliminados.

En las conferencias siguientes hablaré de esos obstáculos. El más grande es nuestra ignorancia de nosotros mismos y nuestra ilusoria convicción de conocernos, al menos en cierta medida, y de poder contar con nosotros mismos, cuando en realidad no nos conocemos en absoluto y de ningún modo podemos contar con nosotros, ni siquiera en las cosas más pequeñas.

Debemos comprender ahora que “psicología” significa realmente estudio de uno mismo. Es la segunda definición de la psicología.

No se puede estudiar la psicología como se estudia la astronomía, la geología, la historia, es decir, fuera de uno mismo.

Al mismo tiempo, uno debe estudiarse como estudiaría cualquier máquina nueva y complicada. Es necesario conocer las piezas de esa máquina, sus funciones principales, las condiciones de un trabajo correcto, las causas de un trabajo defectuoso y una cantidad de otras cosas difíciles de describir sin un lenguaje especial que es indispensable, por otra parte, estar en condiciones de estudiar la máquina humana en uno mismo.

La máquina humana tiene siete funciones diferentes:

- 1ª El pensamiento (intelecto).
- 2ª El sentimiento (emociones)
- 3ª La función instintiva (todo el trabajo interno del organismo).
- 4ª La función motriz (todo el trabajo externo del organismo, el movimiento en el espacio)
- 5ª El sexo (función de los dos principios masculino y femenino, en todas sus manifestaciones)

Además de estas cinco funciones hay otras dos para las cuales el lenguaje ordinario no tiene nombre, y que aparecen solamente en los estados superiores de conciencia: una, la función emocional superior que aparece en el estado de conciencia de sí, y otra, la función intelectual superior, que aparece en el estado de conciencia objetiva o conciencia cósmica.

Como no nos hallaremos en esos estados de conciencia, no podemos estudiar esas funciones ni experimentarlas no conocemos su existencia sino de un modo indirecto por aquellos que han realizado la experiencia de ellas.

En la antigua literatura religiosa y filosofía de los diferentes pueblos se hallan múltiples alusiones a los estados superiores de conciencia y a las funciones superiores.



Esas alusiones son tanto más difíciles de comprender cuanto que no hacemos distinción alguna entre los estados superiores de conciencia. Lo que se denomina samadhi, o estado de éxtasis, o iluminación, o en las obras más recientes “conciencia cósmica”, “Conciencia despierta”, puede referirse ya a una, o a otra: a veces a experiencias de conciencia objetiva. Y, por extraño que esto pueda parecer, tenemos más material para juzgar acerca del más elevado de estos estados, la conciencia objetiva, que, para juzgar del estado intermedio, la conciencia de uno mismo, aunque el primero no pueda alcanzarse sino después de este último.

El estudio de un mismo debe comenzar por el estudio de las cinco primeras funciones: intelectual, emocional, instintiva, motriz y sexual. La función sexual no puede estudiarse sino mucho más tarde, una vez que esas cuatro funciones hayan sido comprendidas suficientemente. Al contrario de lo que afirman ciertas teorías modernas, la función sexual viene realmente después de las otras, es decir, que aparece más tarde en la vida, una vez que las cuatro primeras cuatro funciones se han manifestado plenamente: está condicionada por ellas. Tratemos ahora de comprender las cuatro primeras funciones.

Lo que yo entiendo por “función intelectual” o “función del pensamiento” es, supongo, claro para vosotros.

Todos los procesos mentales están comprendidos en ella: percepción de impresiones, formación de representaciones y conceptos, raciocinio, comparación, afirmación, negación, formación de palabras, imaginación, y así sucesivamente.

La segunda función es el sentimiento, o las emociones: alegría, pena miedo, sorpresa, etc. Aun si estáis seguros de comprender bien cómo y en qué las emociones difieren de las ideas, os aconsejaría que revisarais vuestras ideas a este respecto. En nuestras maneras de ver y de hablar habituales, confundimos pensamientos y sentimientos. Más para comenzar a estudiarse a sí mismo es necesario establecer claramente su diferencia.

Las dos funciones siguientes, instintiva y motriz, nos retendrán más tiempo, pues ningún sistema de psicología ordinaria las distingue ni describe correctamente.

Las palabras “instinto”, “instintivo”, son empleadas generalmente en un sentido erróneo y a menudo sin sentido alguno. En particular se asigna al instinto manifestaciones exteriores que son en realidad de orden motor, y a veces emocional.

La función instintiva comprende en el ser humano cuatro clases de funciones:

Primero: Todo el trabajo interno del organismo, toda la fisiología por así decirlo; la digestión y asimilación de alimentos, la respiración, la circulación sanguínea, todo el trabajo de los órganos internos, la construcción de nuevas células, la eliminación de desechos, el trabajo de las glándulas endocrinas y todo lo demás.

Segundo: Los “cinco sentidos” como se los llama: la vista, el oído, el olfato, el gusto, y el tacto; y todos los demás como el sentido del peso, de la temperatura, de la sequedad o la

humedad, etc., es decir, todas las sensaciones indiferentes, sensaciones que no son por sí mismas ni agradables ni desagradables.

Tercero: Todas las emociones físicas; es decir, todas las sensaciones físicas que son agradables o desagradables, por ejemplo, un sabor desagradable o un olor desagradable, y todas las clases de placer físico, como los sabores agradables, los olores agradables, etc.

Cuarto: Todos los reflejos, aun los más complicados, tales como la risa y el bostezo; todas las clases de memoria física, tales como la memoria del gusto, del olfato, del dolor, que son en realidad reflejos internos.

La función motriz comprende todos los movimientos exteriores, tales como caminar, escribir, hablar, comer y los recuerdos que de ellos quedan. A la función motriz pertenecen también movimientos que el lenguaje corriente califica de “instintivos”, como el de atrapar un objeto que cae, sin pensar en ello.

La diferencia entre la función instintiva y la función motriz es muy clara y fácil de comprender; basta recordar que todas las funciones instintivas sin excepción son innatas y que no es necesario aprenderlas para utilizarlas; mientras que ninguna de las funciones de movimiento es innata, y hay que aprenderlas todas; así, el niño aprende a caminar, se aprende a escribir, a dibujar, a nadar, a hablar, etc.

Además de estas funciones motrices normales, existen también extrañas funciones de movimiento que representan el trabajo inútil de la máquina humana, trabajo no previsto por la naturaleza, pero que ocupa un amplio espacio en la vida del hombre y consume gran cantidad de su energía, son: la formación de sueños, la imaginación, el ensueño, el hablarse a sí mismo.

La auto-observación, que debe realizarse apropiadamente, con una comprensión previa de los estados de conciencia y de las diferentes funciones, constituye la base del estudio de uno mismo, es decir, el principio de la psicología.

Es muy importante recordar que aun observando diferentes funciones es preciso observar al mismo tiempo su relación con los diferentes estados de conciencia.

Tomemos los tres estados de conciencia de uno mismo -y las cuatro funciones- pensamiento, sentimiento, instinto y movimiento. Estas cuatro funciones pueden manifestarse en el sueño, pero sus manifestaciones son entonces deshilvanadas y carentes de fundamento. No pueden ser utilizadas de manera alguna y marchan automáticamente. En el estado de conciencia de vigilia, o de conciencia relativa, pueden en cierta medida servir para orientarnos. Sus resultados pueden ser comparados, verificados, y si bien pueden crear no pocas ilusiones, sólo contamos con ellas en nuestro estado ordinario y debemos emplearlas en la medida de lo posible. Si supiéramos la cantidad de observaciones falsas, de falsas teorías, de falsas deducciones y conclusiones, hechas en este estado, cesaríamos completamente de creer en nosotros mismos. Pero los hombres no advierten cuán engañosas pueden ser sus observaciones y sus teorías y continúan creyendo en ellas. Y eso es lo que impide a los hombres observar los raros momentos en que sus funciones



se manifiestan bajo el efecto de los chispazos del tercer estado de conciencia, es decir, la conciencia de uno mismo.

Todo esto significa que cada una de las cuatro funciones puede manifestarse en cada uno de los tres estados de conciencia. Pero los resultados difieren enteramente. Cuando aprendamos a observar esos resultados y su diferencia comprenderemos la relación correcta entre las funciones y los estados de conciencia.

Pero antes de considerar las diferencias que presenta una función según el estado de conciencia es necesario comprender que la conciencia y las funciones de un hombre son dos fenómenos de orden completamente distintos, de naturaleza diferentes, dependientes de causas diversas, y que el uno puede existir sin el otro. Las funciones pueden existir sin la conciencia y la conciencia puede existir sin las funciones.